



Editorial

En un país como el nuestro donde las cosas adquieren una dimensión limitada de existencia, las inteligencias se malgastan y las oportunidades de superación se desperdician, la Revista Lotería viene a constituir un ejemplo de persistencia y una victoria sobre un ambiente hostil a las manifestaciones del espíritu. Cuenta ya con más de 8 lustros de publicación ininterrumpida y en el transcurso del tiempo ha servido quizás como único elemento para la difusión de la cultura nacional, ya a través de las expresiones artísticas, ya en el campo de las Ciencias Sociales o Naturales, o ya en el lirismo de nuestros poetas. En ella han cabido todas las voces, como diría el poeta definiendo su arte: "como en un rayo de luz caben todos los colores".

Al asumir la responsabilidad de este Organó de publicidad de la Lotería Nacional de Beneficencia, pretendemos continuar con igual política que nuestros antecesores y, por lo tanto, las páginas de la Revista estarán abiertas a todos aquellos que quieran brindar aportes para el mejor conocimiento de la realidad nacional, siempre y cuando, conllevan sus trabajos el espíritu crítico y la seriedad en el quehacer espiritual. Algunas veces, cuando lo ameriten las circunstancias, los números serán temáticos, mientras que en los corrientes estableceremos diversas secciones sin que ninguna prive en importancia sobre las restantes. Los Ensayos y las Monografías que componen la primera

parte recogerán estudios de las diversas disciplinas, destinando a las Bellas Letras a la Sección de Crítica Literaria y de Arte. En un apartado bajo el rubro de Documentación Nacional, presentaremos testimonios fundamentales de nuestra historia y pretendemos con ello dar a conocer piezas de interés sobre el pasado nacional, las cuales siempre irán precedidas de un Estudio Introdutorio, que a más de hacer las veces de presentación, ubicará el escrito dentro de las circunstancias y su tiempo.

Por último, consideramos de urgente necesidad ofrecer una Sección Bibliográfica en que se comente con seriedad y valore con objetividad nuestra producción intelectual. Cerramos nuestras páginas para el ditirambo innecesario o el insulto innecesario. Sabemos que no estamos en condiciones ambientales ni culturales para escribir tratados que conmuevan al mundo, pero tenemos que aplaudir y reconocer el esfuerzo meritorio y el valor de hacer las cosas, aunque no alcancen la perfección inaccesible.

Tales son nuestros propósitos y tales las esperanzas del nuevo Consejo Editorial de la Revista.

DR. OMAR JAÉN SUÁREZ

*Marguerite Yourcenar
de la Academia Francesa*

La elección reciente de Marguerite Yourcenar para ingresar en la Academia Francesa, institución exclusiva, privilegio de los hombres, nos lleva a interrogarnos sobre la personalidad y la obra de esa mujer, la primera, en ser admitida en el cenáculo de los inmortales.

Marguerite de Crayencour nace en Bruselas en 1903, y a los pocos días queda huérfana de madre. En Francia la educa su padre, gran humanista, cuya figura original evoca en *SOUVENIRS PIEUX*, obra publicada en 1977, primer volumen de un díptico emprendido por la escritora para indagar los secretos de sus orígenes.

Lejos de los colegios, Marguerite se irá impregnando, desde temprano, de la cultura clásica que florecía a su alrededor y dentro de su familia para alcanzar, rápidamente, un conocimiento notable de la lengua y la civilización de la Grecia antigua.

Más tarde, felizmente liberada casi siempre de la preocupación de ganarse la vida, la joven Yourcenar pudo viajar extensamente en los países del Mediterráneo que servirán de marco a algunas de sus obras.

Finalmente, la Guerra la obliga a partir hacia los Estados Unidos para enseñar, hasta 1958, la literatura francesa en varias universidades. Después, se instalará en la isla de Monts Déserts en la costa de Nueva Inglaterra, donde reside actualmente.

Tanto por la inspiración como por sus formas de expresión, la obra de Marguerite Yourcenar es muy ecléctica y se compone de novelas, poesías, teatro y ensayos así como de traducciones del griego antiguo o moderno y del inglés.

Aunque su primera publicación, ALEXIS OU LE TRAITE DU VAIN COMBAT haya salido en 1929, seguida de LA NOUVELLE EURYDICE en 1931, de LE DERNIER REVE en 1934 y de LE COUP DE GRACE en 1939, cuando aparecen las MEMORIAS D' HADRIEN (MEMORIAS DE ADRIANO) en 1951, Marguerite Yourcenar, curiosamente sólo comienza entonces a revelarse ante un público más vasto. Algunos admiradores ilustrados componían ese público original, capaz, desde el inicio, de apreciar el talento de esa escritora austera, amante declarada de lo clásico, que prefería evocar el mundo jónico o latino al de sus contemporáneos.

Sin embargo, a pesar del éxito de las MEMORIAS DE ADRIANO, Marguerite Yourcenar permanece al margen de la notoriedad, y el Premio Fémina que se le atribuye en 1968 por L'OEUVRE AU NOIR (EL ALQUIMISTA) no cambia mucho su situación. La publicación de LES ARCHIVES DU NORD en 1977 le da una celebridad repentina al provocar comentarios unánimemente elogiosos de la prensa, la radio y la televisión. Después ha sido consagrada por su elección para integrarse en la Academia Francesa. En Francia surgió entonces una extraordinaria curiosidad por esa discreta dama, vestida de negro; una teleaudiencia de millón y medio de personas quiso verla y escucharla cuando pronunció, una tarde de enero de 1981, su discurso de recepción del cual se editaron, enseguida, 14.000 ejemplares para satisfacer una demanda poco común por ese tipo de documento académico.

Puede sorprendernos esta repentina simpatía por una dama que lleva una vida retirada, lejos de las mundanidades que le hubieran proporcionado un público más vasto, y podría también asombrarnos la atracción por una obra difícil en donde buscaríamos inútilmente concesiones a los temas contemporáneos de moda.

Esa falta de concesiones es lo que, sin duda, aprecian sus lectores franceses y extranjeros; en ella encontramos nuevamente el linaje de los grandes escritores que, a lo largo de los siglos, han contribuido a revelar el brillo y hacer la reputación de la literatura francesa.

Marguerite Yourcenar se inscribe en los rangos de una larga tradición literaria de auténticos escritores quienes, más allá de las hábiles sofisticaciones de un estilo al servicio de las modas, buscan exponer con fuerza y sobriedad las inquietudes fundamentales del hombre eterno, inmutable y cambiante.

Con una erudición asombrosa y gran profundidad psicológica, Marguerite Yourcenar ha construido su obra como una meditación sobre el destino humano.

Este estudio del hombre frente a su destino es el hilo conductor del trabajo acerca de la vida de Adriano, personaje histórico, cuya existencia "conocida, terminada, situada" ella tratará de plantear para intentar "abrazar, de un solo golpe, su curva íntegramente."

Un relato ficticio, llevado en primera persona, nos muestra un ser humano que realiza el balance de su propia vida, cuando la examina y la juzga como podemos hacerlo nosotros con la nuestra, con la lucidez que puede conferir la madurez. Este hombre, Adriano, Marguerite Yourcenar lo ha escogido entre muchos otros porque nació y vivió en una época que estima excepcional y que Flaubert definió así: "Sin más Dioses ni todavía Cristo hubo, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, un momento único cuando sólo fue el hombre."

Marguerite Yourcenar quiere conocer ese "libre espíritu" del siglo II, "que durante largo tiempo fue el de los últimos hombres libres," cuya inteligencia no está encadenada por las creencias antiguas y que no sufren aún las influencias judeo-cristianas: el gran hombre que se acepta tal como es y que, solo, ha mantenido la paz del mundo y renovado la economía del imperio; íngrimo, ha asegurado su felicidad y sus desventuras personales, guiado únicamente por su inteligencia humana.

Marguerite Yourcenar encerrada en su propio silencio, evita intermediarios, cede el paso al personaje y como historiadora del alma, deja al emperador sopesar los momentos gloriosos y humildes de su vida, evocar, en las brumas de la memoria, impresiones que se imponen o se ocultan a lo largo de los años, reconstruir, con laborioso trabajo, el rompecabezas de una existencia que se le revela lentamente a través de los recuerdos. Y, con la voz de Adriano, emperador romano del siglo II, que rememora sus pasiones, sus decisiones políticas, sus dudas, sus éxitos y sus sentimientos más íntimos en las diversas épocas de su vida, encontramos inquietudes de una actualidad eterna.

Pero por su voz también habla una sociedad, la de un imperio vasto, complejo, abigarrado, compuesto de hombres e instituciones disímiles, de países jóvenes y antiquísimos, manejados por una sola voluntad, la de Adriano. Se trata del mundo, el del Mediterráneo con sus fronteras, los desiertos del espíritu, primero, más allá del Rin y del Danubio, de Escocia, y, al Este, del Eufrates; los de la naturaleza, en fin, al Sur, el Sahara, y, al Oeste, el Atlántico.

Emperador viajero, Adriano nos revela, a través de Marguerite Yourcenar la dimensión geográfica y humana del mundo conocido, desde las frías brumas de Anglia, llenas de misterios, de magos y duendes hasta las áridas tierras de Israel y el sofocante delta egipcio, el verdadero mundo antiguo, denso, impregnado de muerte, cartomancia y adivinación.

El recurso de un estilo medido, con un ritmo amplio, como el de la respiración profunda de un continente, da cuenta de los vínculos de un hombre con una sociedad de más de 50 millones de almas sometidas a la pax romana y suspendidas en un momento, único, de la historia humana. Único también como es todo momento del hombre y de las sociedades, cuyo parentesco es, cada vez más, el de su singularidad.

Marguerite Yourcenar cede de nuevo el paso a su personaje y nos deja ver a Adriano mirándose en el hermoso joven Antínoo, reflejo depurado de un juego infinito de espejos que recorre todos los caminos del imperio y llega hasta su más recóndito rincón; pasión por la vida, aspiración por la belleza, inclinación por la gracia juvenil, reposo de la bondad, tales son los móviles, más que del Emperador, del hombre libre, del libre espíritu.

Para Adriano, la armonía es la concordancia con la naturaleza, la comunión con los astros en una luminosa noche de España, en su lejana niñez o, ya maduro, del Oriente Medio; para el Emperador el equilibrio es el culto de la inteligencia, de la belleza en todas sus formas, sin prejuicios, sin otras reglas que las que dictan la tolerancia, la benevolencia y la sapiencia. Por ello su filiación, más que con su Hispania nativa, con la Grecia Clásica, su admiración por Atenas, su inclinación profunda por el pensamiento heleno, la variedad de sus métodos y la diversidad de sus escogimientos.

Esta idea de filiación la encontramos nuevamente en Marguerite Yourcenar mediante el díptico de El Laberinto del Mundo. Parentesco biológico esta vez que esconde y revela al mismo tiempo continuidad humana, sucesión y coincidencias de tragedias, esperanzas, decepciones, triunfos y fracasos de un grupo de hombres, su linaje, que, desde el Renacimiento, formaron pacientemente la pirámide de seres sobre la cual se asienta la autora; geometría demográfica propia de todos los hombres; triángulos vivos, en constante fabricación, que atañen a la especie humana.

Pero continuidad también de civilización. Largas raíces, que llevan a Marguerite Yourcenar, por sus antepasados conocidos, hasta el siglo XIV flamenco, la amarran, mediante cadenas de vínculos biológicos, a una sensibilidad, a una cultura europea, la hincan, más

allá del terreno movedizo de los viejos papeles de familia, en el substratum de un espíritu más universal.

“Soy todo ser que ha vivido la aventura humana” afirma Marguerite Yourcenar, descendiente espiritual de un ilustre linaje de humanistas, hija de Terencio y de Montaigne. Aventura modesta, por cierto, la de esos campesinos y burgueses flamencos que paciente-mente fabrican su fortuna en esa esquina gris de Europa, cerca, como diría Borges, del “oscuro océano de selvas y ciénagas” de la Germania, para crear esos aristócratas rurales, austeros o roídos por una “chispa de locura”, que fueron sus padres y sus abuelos. Junto a la anónima aventura ancestral la aurora dibuja la aventura prestigiosa de Zenón y de Adriano, en dos momentos diferentes, de la historia europea. Más tarde Yourcenar destacará la aventura increíble del escritor Mishima en el Japón contemporáneo.

El tiempo, la diacronía, la dimensión histórica en fin, sobresalen en la obra de Marguerite Yourcenar. Ello es natural en un verdadero humanista, preocupado hondamente por los asuntos de la dignidad humana y del devenir de la especie. Menos el hombre, todas las criaturas son inmortales pues ignoran su muerte, afirma Borges. Esta servidumbre fatal, cuya conciencia ha creado la religión, ha también originado la historia. “La memoria es la prueba más pura del presente” dijo Mishima. El recuerdo anticipado del fin es sostenido por el ejemplo del pasado. Y ese pasado lo exhuma Marguerite Yourcenar con minucia, con precisión, sin traiciones. De allí el paciente estudio de sus personajes, la investigación histórica llena de dudas, de cavilaciones, de vacilación y de rigor. 26 años duró la gestación de las MEMORIAS DE ADRIANO. Casi el tiempo de una generación tomó la maduración de una idea genial, la confección de un chef d’oeuvre. Un infinito trabajo de búsqueda en bibliotecas y archivos le permitió penetrar en el tiempo y revelar ese momento único, el de la existencia del emperador romano, reconstruir una época y recrear el pensamiento de un hombre singular y universal. Como una hábil bordadora flamenca, Marguerite Yourcenar nos ofrece también un trabajo admirable de reconstitución de su genealogía en el díptico de El Laberinto del Mundo. Laboriosa tela tejida con cariño y sobre todo lucidez, con amor por los hombres libres.

“Sólo se conoce bien a un pueblo mediante sus dioses” dice Marguerite Yourcenar y añade que “una de las mejores maneras de recrear el pensamiento de un hombre es reconstituir su biblioteca”. Suntuosa, la de Adriano resume lo mejor del espíritu antiguo, y revela los usos, las costumbres, las creencias, la poesía y las ciencias de ese pueblo en tránsito de dioses.

Al contrario, el inventario de los libros preferidos de su abuelo Michel Charles de Crayencour, es testimonio de las lecturas limitadas a algunos poetas, de un joven bien educado del siglo XIX, digno representante de una burguesía con curiosidad restringida.

La autora practica, con habilidad consumada, la etnohistoria de la Antigüedad, del Renacimiento y de la Epoca Moderna. Sus novelas, históricas, son un monumento de rigor heurístico. Ella es, de cierto modo, solidaria de la antropología francesa y de su riquísima escuela histórica, humanista, ejemplo, hoy más que nunca, admirado e imitado.

Pero Marguerite Yourcenar es sobre todo un ser humano de una inteligencia aguda, angustiado de armonía, preocupado por el acuerdo del hombre consigo mismo, inquieto de concordancias entre el hombre y la naturaleza y del equilibrio del cosmos.

Esa sensibilidad de la autora se afirma especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, que destruye un cierto humanismo, hecho de optimismo ciego, de confianza absoluta en el hombre. El pensamiento occidental queda estremecido por el holocausto y Marguerite Yourcenar cambia de óptica. El ser humano deja de ser el centro y será captado como un elemento más de un gran todo, a la escala cósmica. El pensamiento de un hombre y la más remota estrella se influyen mutuamente.

La conjunción de su helenismo con las filosofías orientales se confirma cuando descubre, en 1952, el yoga tántrico.

Marguerite Yourcenar presiente ya, en su concepción del ascetismo hedonismo como planos intercambiables, el error del concepto occidental de la antítesis alma-cuerpo y que el perfeccionamiento interno implica sólo el desarrollo del individuo. La verdad no es para la autora un concepto ideal, un ente puro. Ella es el resultado de diversos planos, de líneas y aproximaciones diferentes. En su búsqueda de la verdad revelada por los hombres, Marguerite Yourcenar, más recientemente, se acerca al Oriente, al Japón y nos presenta, en su *MISHIMA OU LA VISION DU VIDE* publicado en 1980, a un gran escritor impregnado también, como ella, de clasicismo-oriental en su caso-. Nuevamente, la sutil autora da prueba de una simpatía, casi que de una empatía que le permite llegar hasta lo más profundo del texto del escritor japonés, estético cuyo suicidio ritual, espectacular, ofrece un testimonio ultrarealista de una sensibilidad compleja. Ese respeto de Marguerite Yourcenar por el personaje, que la lleva a las formas más extremas de la discreción, se compadece de la atracción que ejerce sobre ella una obra colmada de referencias clásicas, y un destino excepcional.

Esa fidelidad de Marguerite Yourcenar en su búsqueda de la verdad a través del hombre, que apreciamos también en su último trabajo, es paralela a su temperamento flamenco, impregnado de gestos suaves e incesantes, de viejos artesanos del espíritu.

Marguerite Yourcenar prefiere al “brusco despertar” del budismo Zen, el “despertar tántrico”, laborioso, progresivo, vinculado a incesantes disciplinas y declara que su estudio del tantrismo “la ha acercado y no alejado del pensamiento cristiano puesto que, como la mística cristiana, las disciplinas mentales del budismo llevan a un estado de desprendimiento y de claridad tales que hacen casi impensable toda utilización de los poderes con un propósito de egoísmo nefasto”.

Así, libertad, responsabilidad y conocimiento permanecen constantes a lo largo de su obra. Esa parcela de libertad que conserva cada ser humano aparece en todas sus creaciones como un leitmotiv acompañado, como una piedra inmovible que señala la capacidad de rehusar, de rechazar un destino predeterminado. Dos de sus personajes, mediante acciones contrarias, ofrecen un ejemplo de su actitud: Adriano, enfermo, escoge la vida hasta el final, niega la liberación por el suicidio, mientras que Mishima escribe la página más densa de su vida mediante la inmolación. El bello Antínoo ha muerto, pero Adriano puebla el imperio de su imagen, sostenida por el mármol hasta nuestros días; más que el Emperador, el hombre elige vivir hasta el final. Mishima arregla, el 25 de noviembre de 1970, con minucia, su gesto flamante y arcaico, el seppuku ritual. Ambos, al escoger, afirman su condición de seres libres.

El concepto de libertad fundamenta también la noción de responsabilidad mediante la cual Marguerite Yourcenar se vincula a la filosofía existencialista. La libertad y el conocimiento permiten, aunque sea en escala ínfima, cambiar la condición humana. Esa libertad obliga al compromiso e implica la acción.

Marguerite Yourcenar ha ido descubriendo, lentamente, el dominio privilegiado de su acción, de acuerdo con su temperamento y su especial sensibilidad. El equilibrio, la armonía entre los diversos elementos del cosmos, le es esencial. Pillar la naturaleza, torcer el sentido de la fábrica del mundo, destruir insensatamente los recursos y las criaturas excitan su preocupación y estimulan su lucha. Ella no desecha ningún foro para denunciar la locura que ha poseído al hombre y lo dirige, irremediablemente, hacia su perdición.

Ese combate de la vieja dama vestida de negro, iniciado desde sus años mozos como un rechazo personal de los alimentos misticados, de la atmósfera contaminada, de la naturaleza pervertida,

del hombre enajenado, se intensifica con el correr de los años. Aunque a muchos pueda parecer ingenua y hasta irrisoria, su lucha tiene un valor simbólico de amplia dimensión humana.

Después de una larga vida dedicada al estudio, al perfeccionamiento íntimo, al conocimiento de los más profundos repliegues del alma de los hombres, llena de dudas, vacilaciones y acción, Marguerite Yourcenar, hoy casi octogenaria, se levanta y nos recuerda, con humildad ejemplar, recurriendo a una escritura inteligente y suntuosa, de las más hermosas que haya producido Francia en el siglo XX, que el hombre es un pasajero más en la gran aventura cósmica de la existencia.

ALFREDO CASTILLERO CALVO

*Ideología de la Ciudad
de Panamá, ciudad primada*

A los historiadores panameños podría hacérsenos legítimamente el reproche de habernos olvidado de la ciudad. No es que hallamos descuidado la cronología de sus fundaciones o la descripción de esos actos primigenios. Tampoco han faltado estudios sobre el origen y evolución cronológica de algunos de los principales monumentos, en particular los religiosos. Los datos aportados son resultado de serios esfuerzos que sin duda han contribuído a enriquecer nuestro conocimiento del hecho urbano. Un simple repaso a nuestra historiografía mostrará, sin embargo, que no ha sido el tema de la ciudad uno de los más privilegiados. La historia política, la narración de grandes eventos, la inevitable alusión al sistema de ferias y a los clásicos "tiempos fuertes" de las independencias o del Gold Rush y los episodios relativos a las negociaciones y construcción del canal, llenan las páginas de nuestros manuales, reservando para la historia urbana sólo referencias pasajeras e incidentales.

Se le exige a nuestros estudiantes que conozcan la cronología de los tratados del canal, de nuestras independencias y distintos amagos

Conferencia pronunciada por el Dr. Alfredo Castillero Calvo en la ceremonia de recepción como miembro de número de la Academia Panameña de la Historia, el 13 de agosto de 1981.

de independentismo decimonónico y hasta se les reprocha el que ignoren quien fue el fundador de Panamá Viejo o el responsable de la mudanza de la vieja ciudad a la nueva. Nos sonrojaríamos de desconocer la cláusula 35 del Tratado Mallarino-Bidlack, y para un historiador que se respete sería una vergüenza ignorar el Tratado Arosemena-Sánchez-Hurbult de 1869, el Estado Federal de Justo Arosemena, la doctrina Monroe o el anfictionismo bolivariano. Casi sistemáticamente los periódicos publican en ediciones dominicales escritos sobre estos temas. Las efemérides de todos esos hechos archiconocidos son celebradas con discursos, romerías, programas radiales, menciones televisivas o artículos de fondo. Incluso puntos de vista contradictorios sobre estos mismos temas son a menudo ocasión para encendidas polémicas. Todos son sin duda asuntos que encienden las pasiones nacionales puesto que forman parte de nuestra historia y nuestro patrimonio cultural, y está demás que se diga que su discusión y conocimiento contribuyen a fortalecer nuestra personalidad como pueblo, según suele decirse. Pero a nadie parece apasionarle la discusión de la historia urbana, como tampoco de la historia edilicia, ni aún de las muestras más representativas de nuestra arquitectura.

¿Es que acaso el tema vale la pena? O, dicho de otra forma, ¿es que el desarrollo urbano o edilicio tiene una importancia equiparable a esos otros temas que tradicionalmente ha privilegiado el historiador? Siempre he creído que el quehacer del historiador debe caracterizarse por su sentido de contemporaneidad, lo que inevitablemente conlleva la priorización de sus temas. Si en mis estudios he puesto énfasis en el tema de la economía terciaria colonial a través del estudio de las ferias, la trata negra, el contrabando, el comercio regional o el situado y sus mutuas interrelaciones o los mecanismos que regían los sistemas de servicios coloniales, es porque la terciarización característica de nuestra economía de hogaño y nuestra dependencia externa constituyen una secuela de las estructuras vigorosamente armadas durante la colonia. Por donde quiera que miremos encontramos la impronta de ese legado. Pero no hace falta insistir sobre este hecho. No es por sólo un prurito intelectual que los teóricos de la dependencia han buscado fundamentar sus planteamientos en la reivindicación histórica de la colonia como punto de referencia insalvable para dar explicación a sus interpretaciones del hecho contemporáneo. Al margen de la corriente intelectual que adscribamos, si estructuralismo, funcionalismo, sociologismo, dependentismo, marxismo, etc., parecería necio repetir, como se nos ha venido acostumbrando, que somos una nación "joven" sólo porque "nacimos a la vida independiente" sea en 1821 o en 1903. Se trata de un error de enfoque. Por no decir que

carente de sentido de historicidad ya que parece olvidárenos que nuestra historia no está lejos de cumplir su medio milenio.

Contemporaneidad, pervivencia. Sin disgusto aceptaré la imputación de que considero que a la hora de fijar prioridades a su quehacer, el historiador actual tendrá que remitirse a esa doble exigencia. Aún más, creo, y no pretendo ser el primero en pensar así, que cada sociedad debe elaborar su propia historia, la que mejor se acomoda a sus necesidades, la que mejor se presta a responder a los interrogantes que demandan sus proyectos de realización o de afirmación, sea nacional, étnica o internacional. No repetirá la historia de sus abuelos o de sus padres. Sino que hará "su" historia, la de su tiempo. Lo que digo a sabiendas de que esta afirmación podría prestarse a equívocos entre los amantes de la llamada historia "positiva". Y cuando digo que cada sociedad hace su historia, es porque es ella la que escoge los temas, aunque herede los temas consagrados por sus antepasados, y al hacerlo así, inevitablemente o desmistificará verdades sacralizadas por el uso, o reivindicará otros temas antes despreciados o ignorados del todo. Y así como los historiadores de antaño respondieron a su tiempo con un mayor o menor sentido de compromiso con su época, escogiendo también ellos sus temas, así también las nuevas sociedades harán otras historias comprometidas, con nuevos materiales y herramientas de trabajo. Temas nuevos obligarán a enfoques nuevos a la vez que a métodos distintos. Los resultados de los nuevos historiadores serán por tanto distintos a los de sus predecesores. El quehacer del historiador no es un acto aislado de su realidad, un hecho intelectual ajeno a su tiempo, sino por el contrario, un acto eminentemente social (nadie pinta hoy como la haría el Giotto o construye edificios como Brunelleschi o proyecta ciudades como Alberti o Scamozzi, ni prescribe medicaciones al enfermo como Hipócrates). Como acto social, el quehacer del historiador es un hecho contemporáneo para actuar sobre el presente. Pareciera demasiado audaz repetir con Wallerstein que "sólo se puede narrar verdaderamente el pasado como es, no como era". Tengo para mí que está en lo cierto. Y lo creo así porque si tuviera que mirar el pasado con una óptica distinta a la de nuestro presente, estaría aceptando la futilidad del trabajo del historiador. La historia, en tal caso, podría resultarnos cuando mucho entretenida o aburrida, según a quien leamos, pero de ninguna manera útil a la sociedad.

¿Pero es que acaso el estudio de la ciudad colonial o decimonónica responde a esa doble exigencia de contemporaneidad y de pervivencia? ¿Sentimos su presencia todavía? ¿La ciudad que hoy vivimos es por un acaso partícipe de los atributos de la ciudad co-

lonial? Finalmente: ¿es el estudio histórico de nuestras ciudades útil para la comprensión de nuestra sociedad contemporánea? No vacilo en responder afirmativamente a cada una de esas preguntas.

No es al historiador al único que compete explicar el desbordante interés que despierta la problemática de la ciudad en nuestros tiempos, debido a la explosiva revolución urbana o a esa urbanificación total, todavía virtual pero ya próxima, de que nos habla Henri Lefevre. Esta es preocupación creciente de urbanistas, planificadores, economistas, sociólogos y políticos, aunque no lo es menos de los sufridos ciudadanos conscientes. Pero puesto que, salvo Chandigarh, Brasilia y otros casos, se trata de fenómenos que derivan de estructuras urbanas previas, esto es, con pasado, nada más pertinente por no decir indispensable, que se haya exigido del historiador una importante participación en el debate, sobre todo para dejar sentadas sus bases y ayudar a explicar la problemática. Y así lo han hecho en efecto algunos con distintos grados de participación o de eficacia. Es así como el fenómeno de las megalópolis o las conurbaciones americanas y de otros países del Tercer Mundo ha sido vinculado a los problemas del subdesarrollo y a los lazos de dependencia externa a las grandes metrópolis, llegándose a afirmaciones como la de Marcos Kaplan en el sentido de que, más que beneficiar las economías nacionales, la gran urbe latinoamericana ha sido "factor de poder socioeconómico y político hacia el exterior". Se ha afirmado también que desde el establecimiento de las primeras comunidades urbanas de la Conquista hasta el presente, las ciudades americanas no nacen y se desarrollan en función de sí mismas o para sí y de cara a su hinterland, sino, como dijera Leonard Pasquel, de cara a su exterland. Esto es, de cara al mar que las unía a España, luego a Inglaterra o a los Estados Unidos. La ciudad nace y permanece siempre como cabeza de puente para la explotación del interior, como parte de un vasto y coherente esquema imperial. La tipología urbana, las jerarquizaciones de su trama interna, su propio crecimiento, son condicionados por la función que se le asigna a la ciudad desde el exterior. Son esos entrelazamientos de subordinación externa los que a la postre ocasionan el gigantismo urbano en contraste y a expensas de las demás áreas territoriales. La gran ciudad americana, de la que muchos connacionales desprevenidos se envanecen, se revela así como causa del subdesarrollo y atraso, puesto que constituye una carga para la sociedad global.

Sin embargo, podemos acercarnos a la ciudad de otras maneras. La valoración nostálgica de la ciudad histórica, sea como parte de una política cultural o de una política turística, pero en definitiva de políticas, y a través de programas de restauración y puesta en va-

lor, constituye también un problema contemporáneo. Si por un lado se las rescata para servir a propósitos turísticos, como atractivo para los extranjeros, también pueden instrumentarse como argumento de una política encaminada a la exaltación del patrimonio cultural o al fortalecimiento de la nacionalidad y en ese sentido se integran a un muy vigente propósito de "nacionalismo cultural". Se trata, pues, de una aproximación legítima.

En muchos casos ésta consiste en el primer acercamiento a la ciudad histórica, lo que es ya un paso. Sin embargo esta primera aproximación, generalmente, sino siempre, se mantiene a un nivel de análisis conceptual bastante elemental. Sea porque en los menesteres de la restauración colaboran historiadores más preocupados por la historia del arte y cuyo interés se centra en la reconstrucción cronológica de los monumentos o en sus valores estéticos; arquitectos restauradores que a veces se limitan a sólo los problemas técnicos de su quehacer; o políticos más bien interesados en la pronta concreción de la obra física que es la restauración, para que el público medio lance exclamaciones de admiración ante lo rescatado y se persuada con nostalgia del ayer que siempre fue mejor pero que se fue, el hecho cierto es que tales intervenciones no suelen ir acompañadas de una verdadera explicación que les dé sentido de auténtica historicidad o que permita interpretar y aclarar los contenidos simbólicos o ideológicos, o en fin el sentido encubierto de que estaban nutridas las obras restauradas. Para mí, y esto ya lo he dicho en otra parte, la puesta en valor sólo tiene sentido en la medida que lo restaurado, así como se le ennoblece físicamente al rescatársele y ser tratado por los restauradores en su composición y textura e incluso en su uso, devolviéndole sus valores arquitectónicos prístinos, así también se le devuelven sus contenidos mediante su examen histórico como individualidad y en su marco contextual tanto temporal como topográfico. Con esto quiero decir que ni la puesta en valor se logra plenamente, ni los fines políticos de exaltación nacional alcanzan sus propósitos persuasorios y propagandísticos, sin el establecimiento de un vínculo de lo restaurado con las realidades socioeconómicas y políticas que les dieron origen, esto es, con la honda implicación humana que supone el hecho arquitectónico y el hecho urbano objeto de la restauración. Con la obra física, así sin más, nos quedaríamos con una forma sin contenido, con un hecho que no por material deja de permanecer irreal, por abstracto y ajeno a toda connotación social. En otras palabras, un esfuerzo totalmente vano y hasta engañoso por el riesgo que entraña de permitir falsas lecturas y erróneas interpretaciones al hombre común y a los desprevenidos, esto es, a quienes precisamente va mayormente encaminado el intento.

Nos encontramos así con dos polos opuestos. El de un nivel intelectual tal vez demasiado teórico al que le duele la ciudad, porque descubre en ella las raíces de males persistentes, frente a una actitud romántica que añora los tiempos felices de la Arcadia colonial. Como patrias diferentes que hablaran lenguajes mutuamente ininteligibles, aunque traten de lo mismo puesto que su tema es uno solo, la ciudad. Desde cada perspectiva se nos muestra una ciudad distinta, dos realidades opuestas, mutuamente irreconciliables.

Dada mi doble condición de historiador interesado en las estructuras recurrentes del devenir humano panameño, por un lado, y de otro, por mis vinculaciones con los proyectos de restauración de nuestros principales conjuntos monumentales urbanos, me habría sido difícil no advertir la necesidad de conciliar esos extremos. No es que lo haya logrado. Pero le he dedicado muchas reflexiones y tengo un libro en preparación sobre el tema al que no he podido encontrarle mejor título que **La Ciudad Oculta**. Y no es para menos.

Cada vez que recorro las calles de nuestra ciudad primada, sea de Panamá Viejo o de la nueva Panamá, pero sobre todo de ésta última ya que se trata de una ciudad viva, no dejan de sorprenderme dos cosas. En primer lugar la extraordinaria persistencia de su estructura urbana original, puesto que el trazado de sus calles se conserva casi sin cambios desde su fundación en 1673. Allí permanece con toda su fuerza la concepción urbana primitiva. Sus calles y callejones son los mismos, su plaza mayor continúa irradiando su característica centralidad, sus murallas perimetrales siguen todavía en pie, salvo los tramos del frente de tierra derruidos a mediados del siglo pasado. Si hay un legado arquitectónico colonial que se mantiene vigorosamente incólume ese es el trazado urbano de nuestra ciudad capital. Aunque lo ignore el peatón corriente, generalmente más dispuesto a reconocer como arquitectura el espacio lleno que ocupa la edificación. Pero es que esta edificación conserva también en su esencia la estructura colonial, como lo indica su equilibrio volumétrico, no obstante que los detalles decorativos de su exterior y otros elementos compositivos nos hagan pensar más en una ciudad decimonónica. Toda esa realidad urbana salta a la vista y forma parte de nuestra vida cotidiana. Por generaciones hemos convivido con esa realidad, tan cierta, por el carácter de su continuidad y persistencia, como la naturaleza de nuestras estructuras terciarias o nuestras reivindicaciones canaleras. Y he aquí entonces la razón de mi primera sorpresa: nadie se interesa por su historia.

Lo segundo que me sorprende es a otro nivel de análisis, sin duda más complejo, si bien que es en gran parte resultado de la perplejidad anterior. Puesto que el tema urbano ha interesado poco, no

tardé mucho en advertir que asuntos tan fundamentales como el por qué y el cómo de nuestras ciudades seguían todavía pendientes de explicación. Inútilmente buscaba estudios previos sobre la tipología de las viviendas en Panamá Viejo. Tampoco encontraba respuestas a preguntas como ¿de qué manera se expresaba en el hecho urbano el carácter de las estructuras socioeconómicas que le servían de base? Otro problema pendiente de solución e íntimamente vinculado al anterior era el de en qué medida las estructuras y las formas urbanas eran reflejo de valores socioculturales. Dicho de otra forma, hasta qué punto podían reconocerse en los hechos urbanos las manifestaciones de una ideología, fuese ésta oficial o de los grupos dominantes. Parecía obvio que estos problemas sólo podrían resolverse ampliando el marco de estudio tradicional hacia contextos más complejos y que debían ser tratados desde una perspectiva intelectual más vasta. Lo que, asumo yo, podría dotarnos de criterios más coherentes e integrales a la hora de proceder a los proyectos de restauración, y de elementos interpretativos más sólidos y eficientes para comprender el devenir de nuestras realidades hasta derivar en el hecho urbano que hoy compartimos.

Pero no abusaré de la paciencia de ustedes, exponiéndoles todos los resultados, muchos de ellos todavía pendientes de verificación, a que me han conducido estas reflexiones. Con ánimo de brevedad me limitaré sólo a algunos aspectos esenciales, constriñéndome a las ciudades de Panamá, la Vieja y la Nueva, dada su mayor importancia por su carácter de ciudades primadas. Puesto que el título de mi exposición alude a la ideología de la ciudad centraré en ese aspecto lo que sigue. Pero lo ideológico no es sin contenido: hace referencia a la función, a las características ecológicas, a la morfología y a las connotaciones de autoridad ínsitas en el hecho urbano, sea como expresión de una voluntad imperial o como manifestación de realidades socioeconómicas específicas aunque no ajenas a aquella instancia superior.

El hecho esencial es, sin embargo, el carácter instrumental de la ciudad como parte de un coherente esquema imperial mayor. Así nuestras ciudades surgen como resultado de un designio, con un sentido teleológico; concretamente, en el caso de nuestras dos ciudades primadas, para una finalidad comercial y de servicios como pieza esencial de un sistema de intercambios entre América y la metrópoli española y a la vez como plaza militar, aunque esta función estuvo muy atenuada en Panamá Viejo y no alcanzó su plena expresión hasta la Nueva Panamá.

Si el Conquistador puebla de ciudades el continente americano es porque trae la ciudad en mente. Y no sólo porque es portador de

la reciente experiencia pobladora de la Reconquista, sino también porque la ciudad constituye para el Estado español el más efectivo instrumento ideológico de dominación. La ciudad afianza las avanzadas, concentra la población impidiendo su dispersión por las vastedades continentales, hace más efectiva la irradiación de los valores hispánicos para imponerlos a los pueblos dominados, asegura la eficacia administrativa, fragmenta los territorios en circunscripciones políticas y de explotación económica distribuyendo entre esos territorios las funciones correspondientes, y finalmente constituye el marco arquitectónico mediante cuyo trazado y expresiones edilicias se hacen sentir los símbolos que recuerdan persuasivamente la presencia de la autoridad imperial.

El esfuerzo sistemático y consistente por parte de España, por congrega a los colonizadores americanos en núcleos urbanos, impidiendo su dispersión rural, respondía a una política estatal claramente concertada desde las fases iniciales de la Conquista. La explicación a ese hecho debemos buscarla en la nueva concepción racionalizadora, concentradora y organizativa del naciente Estado monárquico. La ciudad hispanoamericana surge como expresión de una intencionalidad política, como parte de una nueva concepción ideológica del poder, que en este caso es el poder del Estado centralizador. Es por ello que la función de la ciudad, según lo establecen los designios del naciente Estado, sea la de aglutinar, de ordenar, de controlar, y por lo mismo, de articular las redes de intercambio, de preservar el poder real, de propiciar la unidad, de afianzar el dominio imperial. De esa manera, desde el comienzo mismo de la Conquista, la acción pobladora constituye un acto eminentemente político, preñado de contenidos ideológicos. Así surgió una característica mentalidad urbana que asume significado de ideología en todas las posesiones de Hispanoamérica. El carácter urbano acaba, pues, por constituirse en el hecho fundamental de la colonia. El estudio de lo urbano resulta por tanto imprescindible para la comprensión de los fenómenos sociales, económicos y políticos, así como de la formación de mentalidades en el Nuevo Mundo. Ni que decir tiene que en esa sociedad eminentemente urbana es, en el estudio de nuestra ciudad primada, esto es, donde se concentraban la mayor parte de las fuerzas activas de nuestra sociedad, y desde donde se dominaba efectivamente el resto del territorio panameño, puesto que era el polo económico dominante y donde tenía su sede la capitalidad política, religiosa y cultural, que encontraremos las claves más seguras para la comprensión de nuestro devenir histórico. (¿Pero acaso hoy es distinto?)

Así pues, la ciudad, como concepto e intencionalidad, adquiere en América un poderoso papel de cohesión, de nucleación, de extra-

ordinaria significación social y política, donde se concentran los órganos de expresión del poder central y se instrumenta la organización espacial, permitiendo dar coherencia y unidad a las discontinuidades creadas por las inmensas distancias; la ciudad crea los nudos de intercomunicación que aseguran las mutuas supervivencias y las cohesiones regionales; gracias a las ciudades se hace efectivo el poder real, el control estatal; por ello, la ciudad indiana es el gran instrumento del Estado para hacer una unidad de lo múltiple y ello explica que la gran maquinaria colonizadora del Nuevo Mundo descansara sobre una base urbana: es allí donde radica la burocracia, el poder, donde se aloja la mayoría de los colonos, tiene resistencia el grupo dominante y ejerce la Iglesia su labor de catequesis.

La ciudad es el más efectivo instrumento de que dispone la Metrópoli para explotar y dominar las nuevas posesiones en su propio provecho, sea que se le asigne a aquélla una función política, como sede del gobierno regional, una función comercial y de servicios, como las ciudades enlaces de flotas, tales como Portobelo, Panamá, Cartagena, Veracruz y La Habana, o como Buenos Aires, Montevideo y Guayaquil, en su calidad de puertos para la introducción de la producción metropolitana o para la extracción de la producción primaria; una función minera, como Potosí o Zacatecas; de plantación, como las Sugar Islands; religiosas como centros de catequesis; como centros agroadministrativos, según el ejemplo de Tunja; o funciones dobles, tanto como centros de comercio y mercado cuanto de defensa militar, como La Habana, Veracruz, Cartagena o Portobelo.

Las primeras instrucciones reales que se dictan para América con indicaciones concretas sobre el trazado y carácter del emplazamiento y orientación y otras consideraciones como las relativas a salubridad y distribución de solares, fueron las que recibió Pedrarias Dávila en 1513 cuando fue nombrado Gobernador de Castilla de Oro. Aunque probablemente Santa María de la Antigua sería "reformada" según las nuevas instrucciones, y Acla y Nombre de Dios y otras ciudades fundadas posteriormente por órdenes de Pedrarias, se ciñeron a los dictados de esas instrucciones, ninguna sobrevivió. De esa manera fue Panamá, fundada en 1519, donde el pliego de ordenanzas urbanas pudo aplicarse a fondo, pudiéndose considerar por lo temprano de la fecha, que fue ese modelo una de las grandes fuentes inspiradoras del subsecuente proceso urbanizador americano.

Por más que tales instrucciones parezcan imprecisas y vagas, no se oculta en ellas una profunda experiencia histórica, una riqueza de precedentes anclados en el corazón de la cultura hispánica. En ellas se percibe con claridad una "idea" de la ciudad, una "ideología" urbana. No se trata pues de sólo una idea formal, de un modelo pu-

ramente morfológico con prescripciones ecologistas y de jerarquizaciones de usos o sistemas infraestructurales y de equipamiento de la trama urbana. Tales nociones, en efecto, están presentes y remontan su ligazón genética a fechas muy lejanas de la civilización occidental, que la tradición castellana ha recogido y decantado a tenor de la propia experiencia peninsular. El trazado en forma de parrilla o damero que se implanta en tiempos de Pericles por Hipódamo de Mileto, la castramentación romana con su característica orientación según los puntos cardinales, que sistematizan Vitrubio y Vegecio, autor éste de la célebre **Instituta Rei Militaris**, o prescripciones higienistas señaladas desde los tiempos de Aristóteles, penetran España a través de Santo Tomás de Aquino y las Partidas de Alfonso X el Sabio y son recogidas en el siglo XV por Rodrigo Sánchez de Arévalo, autor de una **Suma de la Política que habla como deben ser fundadas e edificadas las cibdades e villas**. Todos estos criterios ecológicos y formales de la tradición clásica son puestos en práctica en la Europa medieval, sobre todo en Francia y en el norte de España, mediante las **bastides**, y en Cataluña, fray Frances Eximenic describe en el siglo XIV un plano de lo que habría de ser la ciudad ideal, aunque ésta semeja bastante las **bastides** y evoca fuertemente las teorías clásicas. Hay, pues, un largo proceso de maduración previa cuando en la última gran batalla de Reconquista contra el Moro, los Reyes Católicos construyen para esos propósitos las ciudades de Santa Fe y de Puerto Real. Desde los tiempos de Erwin Walter Palm, ha quedado plenamente establecido que estos son los modelos —sobre todo Santa Fe— en que se inspiraron las ciudades del Nuevo Mundo. El trepidante poblamiento americano, que estalla a los cuatro vientos al iniciarse la Conquista, dará entonces oportunidad a la cultura occidental de aplicar hasta sus últimas consecuencias toda esa tradición poliarcética con una intensidad y a un ritmo nunca antes conocidos. La urbanificación del Nuevo Mundo era, pues, depositaria de una tecnología urbanística de honda raigambre histórica donde quedaba recogida toda la sabiduría occidental sobre la materia.

No debiera entonces extrañarnos que, gracias a esa sólida tecnología urbanística, la ciudad americana estuviera racionalmente estructurada y que sus articulaciones internas (trazado, jerarquizaciones monumentales, sitio, orientación) fueran congruentes y mantuvieran estrecha relación con la función instrumental de la propia ciudad dentro de un vasto programa de dominación territorial. Tampoco debiera extrañarnos entonces que a un conquistador como Pedrarias, que estuvo en el sitio de Granada y conoció la ciudad de Santa Fe, y que era un hombre con mentalidad urbana, le bastaran las parcas ordenanzas de poblamiento de 1513 donde apenas se le indicaba vaga-

